Verano/12

Sombra

(*Por Julio Nudler*) Piel de sombra. Sombra de humo. Ojos sombríos sobre las manos asombradas. El mar asombroso, buscándose entre brisas y brumas, soles y penumbras. Tu sombrilla. El sombrero colgado que se despide de cada ráfaga. Camino a contrasombra por recuerdos ya ensombrecidos, a lo largo de un largo bramido azul, remontando el umbrío final que siempre acaba al pie de tu sombra, allí donde se retuerce para envolverte en la media sombra que parte la tarde. Luz y sombra que estallan en tus párpados impensables, rojos de paisajes irritados de arena incendiada, azules y vagos. Sombra de bronce, entresombra extraviada al caer de la noche, ahuyentando sombredades que esconden caricias de musgo. Ser sombra, fugacidad, gaviota que grita en las estelas el ardir repetido. Huellas húmedas, cuerpos fríos. Desolación, la otra manera de estar en sombras, tendido detrás de una celosía de memorias engañosas. Lluvia fingida de glicinas, pámpanos, pétalos que llueven lentamente, sin gravedad. Alzo mi sombra de estaño para cubrirte con ella y me dejo ir por la cornisa vertiginosa del acantilado. Trazo la distancia y escapo como la espuma que pierde los ojos a medida que alcanza la orilla que había rastreado entre crestas y remansos, pretendo olvidar que no podré, que la sombra fue empapándolo todo, tragándose en su mancha viajera lo que quedaba de blanco. Oros, cobres, fulgores, todo se funde cuando tu lugar ha quedado vacío, ausente, incapaz, aniquilado, cuando del lienzo se cayó el retrato, cuando tu cuerpo se mudó como los médanos que decidieron probar nueva suerte, otras tibiezas, otros olvidos. Piedras, puentes, paredes, parapetos, paradores, puertas, postergaciones del sueño ante cuyo umbral me detengo. Umbral umbrío, sucio, reacio. Sobre él doblo mi sombra perpleja y me siento a montar guardia para sorprender tu aurora, tu primera pereza, las primeras risas que alguien te escuchará de más cerca, mientras mis huesos entumecidos busquen erguirse. Tu boca se llenará de medias lunas, café, leche y unas gotas de rocío casi antes del sol, antes de atravesar con tu sombrero y tu sombrilla la puerta donde habré soñado mi noche de amante en sombras.



Esta noche tengo que ocuparme de mis dos hijas. Tienen doce y trece años y se llaman Lorena y Aldana. En general las llamamos "las mellizas" porque, a pesar de que nacieron con diez meses de diferencia, son prácticamente idénticas.

Gabriela me recomendó que llevara a las mellizas al Circo de Moscú cuando las pasé a buscar. A mí nunca me gustó el circo, así que le pedí una alternativa. "Hollywood on Ice", me dijo.

Sin embargo Lorena y Aldana prefieren el circo. Supongo que porque es un espectáculo más específicamente infantil; el patinaje artístico puede dar lugar a confusiones.

Pero con tantos monos y malabaristas los tres salimos de la carpa un poco mareados. Caminamos unas cuadras para despejarnos y cuando vamos por una avenida comercial mi hija Lorena de pronto se escabulle y corre hacia una iglesia. Veo que intenta entrar pero las puertas están cerradas; ya es de noche. Tengo que salir disparado a rescatarla y explicarle que no somos creyentes. Lorena me escucha con una expresión vacía. Estamos los dos al final de las escaleras; Aldana nos mira desde abajo, parada cerca del cordón de la vereda. Estamos dando un espectáculo. "La televisión", pienso. No veo el día en que mis chicas se hagan independientes.

Las llevo a mi casa. Desde hace dos años convivo con Cecilia, que es psicopedagoga y no se lleva demasiado bien con las chicas. Dice que la inquieta demasiado que sean dos gotas de agua y que no hayan nacido el mismo día.

Cuando se quedan conmigo, las mellizas duermen en el escritorio. Tengo una especie de diván con una cama que se saca de abajo para ellas. Pero a la hora de acostarse me obligan a que las lleve a un local muy pesado de San Telmo.

Gabriela ahora está de novia con un rockero y su grupo toca esta noche. Mis hijas no se lo quieren perder por nada del mundo. Me imploraron tantoque tuve que acceder. La madre no puede ocuparse de ellas durante el recital: tiene que estar back stage.

El grupo resulta mucho peor de lo que me esperaba. Hombres de treinta y cinco transpirando arriba de un escenario para un público de dieciséis años promedio. Pienso en escribirle una notita a Gabriela para que su novio la encuentre en la mesita de luz: "El rock murió; lo siento", y mi firma. Pero Gabriela debe estar eufórica viviendo su segunda juventud; hasta debe haber probado drogas duras.

Al día siguiente tengo una discusión con ella por el tema de la televisión y la Iglesia: cuando nos divorciamos habíamos quedado en dos horas por día máximo. Me dice que tengo razón, pero que no tiene forma de controlar a la mucama. Le pregunto si es una fanática. Me confiesa que un día volvió más temprano a la casa y la encontró a Lorena arrodillada con tres rosarios que le colgaban del cuello en el cuarto de servicio, que estaba lleno de velas. Le pido que la eche pero ella me contesta que es honesta y rápida, responsable y trabajadora. "Les llena la cabeza de cosas raras a tus hijas." "Es muy difícil conseguir buenas mucamas." "Más difícil es tener una hija clericaloide y chupacirios." "Ya te vas a acostumbrar."

A partir de ese momento vivo en el terror de que Gabriela me llame llorando para anunciarme que Lorena y la mucama se fugaron juntas. Un jueves feriado, me despierto sobresaltado con la siguiente pesadilla: la policía detiene a Lorena en Plaza Once. Es de día. Gabriela y yo nos careamos con ella; está vestida con una pollera tableada oscura y una blusa blanca almidonada; en la mano tiene una guitarra. No habla, tiene la mirada extraviada, como la otra noche en las escaleras de la iglesia. Yo empiezo a pegarle bofetadas porque se niega a llamarme "papá".

El pánico me hace consultar la situación con mi abogado. Pero resulta ser de una familia muy tradicional y conservadora y no consigue ver adónde está el problema. Al día siguiente un compañero de trabajo me recomienda un par de abogados progresistas con estudio en Palermo Viejo. Estoy tentado de preguntarle si atienden a no vegetarianos; a veces me desconcierta esta mezcla que tengo de ideas avanzadas y reaccio-

Velcro y YO

Por Martín Rejtman

Nada se pierde y todo se transforma en los relatos de Martín Rejtman y el inédito que aquí se ofrece no es la excepción a la regla. Creemos conocer los resortes de la trama y –de improviso– las motivaciones cambian y los personajes también. "La literatura para mí es como una droga", explica alguien. Y tiene razón. Autor del libro de cuentos *Rapado* y director del film homónimo, Rejtman (Buenos Aires, 1961) espía y escucha a sus personajes con mirada clínica y oído privilegiado, seguro de que –como puede leerse en otro de sus relatos– "la gente no se fija en lo que dice cuando cree que nadie la escucha". Los personajes de Martín Rejtman tampoco.

narias al mismo tiempo.

Pero de a poco el problema se diluye, mis pesadillas se desvanecen y me resigno a creer que el fanatismo religioso de Lorena es un capricho de preadolescente.

Una semana y media después Aldana aparece drogada en el cinturón ecológico, a trescientos metros de una megadiscoteca. No sabe nada, no puede decir nada, no quiere abrir la boca. Ahora está con la madre. Lo único que hace es escuchar música bolichera con lágrimas en los ojos. Lorena se encerró en el baño y no quiere ver a su hermana.

Estoy desconsolado. Durante días no sé qué hacer. Unos amigos me convencen una noche para ir a jugar al paddle con ellos. Después cenamos en una cantina italiana; ellos hacen lo mismo todos los miércoles. Cuando terminamos de comer, dos de ellos me arrastran a Trump's. Miércoles: "Executive's day".

Aldana está en la barra de la discoteca con un hombre de unos cincuenta años. Está pintarrajeada y la poca ropa que usa es ajustada y brillante. La miro desde donde estoy, paralizado; no puedo creer sus trece años. Veo que uno de mis amigos se acerca a saludar al acompañante de Aldana. Yo me muero de vergüenza. Tengo dos opciones, pienso: les rompo la cara a los dos o me retiro de mi vida. Esto es causa suficiente para que el juez le quite a Gabriela la tenencia de las chicas. Tengo las pupilas dilatadas de tanto intentar no llorar. Mi hija es una Lolita.

No armo una escena y camino solo y sobrio por Libertador de madrugada. Desde un teléfono público llamo a Gabriela. Me atiende la mucama. Me dice que Gabriela está durmiendo y no está autorizada a despertarla. Son las cuatro y media de la mañana. Le digo que es una emergencia. Dice que Dios hizo la noche para descansar y corta. Entro al Open Plaza y me siento a una mesa. Pido un café doble con doble ración de crema. El bajista del grupo del novio de Gabriela está sentado un par de mesas más allá con dos amigotes, también de campera de cuero. De pronto entra el novio de Gabriela y se sienta con ellos. Me levanto y lo encaro como si él fuera el culpable. Ni siquiera sabe quién soy yo. Le cuento lo que me pasa. Nos emborrachamos juntos. Ricky paga los whiskies y lloramos. Ninguno de los dos cree en la represión.

Salimos del bar y nos subimos a su coche. Ricky maneja como si estuviera al frente de una nave espacial. Está completamente a cargo de la situación y toma todas las decisiones. Estaciona en la entrada del colegio. Llega Aldana, sin rastros de maquillaje ni de cansancio. Ricky le pide que por favor entre al auto. Nos quedamos los tres sentados sin decir una palabra hasta después del timbre, cuando ya no queda ningún alumno en la calle. Siempre en silencio, Ricky hace girar la llave de arranque y llevamos a Aldana a casa de la madre.

Despertamos a Gabriela. Ricky se mete en el baño y empieza a llenar la bañadera de agua caliente mientras yo le explico la situación a mi ex mujer. Por suerte Lorena duerme todavía. Gabriela me pide que baje la voz; no quiere que la mucama se entere. Ricky entra al living y dice que la bañadera ya está casi llena. La llevamos a Aldana al baño y Gabriela tira sales relajantes al agua. Aldana primero se resiste a meterse en la bañadera, pero nos ve a todos tan encarnizados y perseverantes que pronto se da por vencida. Para quitarse la ropa nos pide a Ricky y a mí que no miremos. Cuando Gabriela nos dice que podemos darnos vuelta, la vemos a Aldana flotando en el agua. Por primera vez me doy cuenta de que tiene tatuada en el hombro izquierdo una palmera en miniatura.

En el living tenemos que estar en silencio porque la mucama ya empezó a limpiar. Cada uno tiene una taza de café con leche delante suyo. Yo la dejo intacta. Ricky se toma el café con leche de un trago y Gabriela le da sorbitos como si fuera un canario.

Una hora más tarde, Gabriela, Ricky, Aldana y yo vamos a cien kilómetros por hora derecho por la avenida Gaona. Ese mismo día la dejamos a Aldana pupila en un colegio de monjas en Haedo.

Cuando más tarde le cuento a Cecilia, mi novia, lo que hicimos con Aldana, me arma una escena dramática y me deja. Cecilia es psicopedagoga.

Cuatro días después, a las seis y media de la mañana, me despierta por teléfono un chico de quince años. Dice que su nombre es Santiago y es el hermano del novio de Aldana; quiere hablar conmigo. Nos encontramos a desayunar en un café al aire libre. Está de pantalones cremita de corderoy y camisa celeste de jean prelavado; parece muy serio.

Santiago me mira fijo y me dice que su hermano está desesperado. Llora sin parar desde que no puede ver a Aldana.

Lo único que puedo decirle es que mi hija se volvió imposible de controlar y que en el colegio de monjas por lo menos la tienen vigilada.

–Presa –acusa Santiago.

–No encontramos ninguna solución mejor.

–No me va a decir que usted nunca probó las drogas.

–Nunca –lo tranquilizo–. Ni me pintarrajeo, ni ando con hombres cuarenta años mayores que yo.

–¿Qué guarda en la lata de pomada para zapatos que está en el tercer cajón del placard de su cuarto?

Me quedo unos segundos desconcertado, sin reaccionar. En esa latita hay marihuana.

–¿Por qué no vino a verme tu hermano?

–Da lo mismo mi hermano o yo.

Santiago se levanta y se va.

Arranco el coche, doblo a la izquierda, y lo veo a Santiago junto a una parada de colectivo. Decido seguirlo. Se baja en Villa Urquiza y toca el timbre en una casa de una planta. Adentro se queda alrededor de una hora. Se toma otro colectivo hasta Devoto y con su propia llave abre la puerta de un edificio.

Espero abajo. Veinte minutos después aparece con el peinado cambiado. En vez de sus pantalones de corderoy y la camisa de jean prelavado tiene puestas unas bermudas verdes desflecadas tamaño extra large y una camisa enorme a cuadros azules y rojos. Baja de la vereda a la calle, apoya la tabla de skate en el pavimento y se aleja del edificio.

Yo voy detrás suyo en mi coche, a velocidad mínima. El no parece notar que lo están siguiendo. A veces se mete de contramano y lo pierdo, pero de alguna manera adivino por dónde va a reaparecer y ahí está otra vez. Finalmente, en Santa Fe y Rodríguez Peña, se pone el skate debajo del brazo y entra en la galería Bond Street.

Tardo unos diez minutos en encontrar un lugar donde estacionar. Entro a la galería. Busco a Santiago por los locales. El ambiente es de mafia juvenil. Hay tachas tiradas por el piso y en las disquerías suena música alternativa. De pronto lo veo. Está en la puerta de un local del subsuelo charlando con un hombre gordo y de barba, bastante mayor que él. Compro un fanzine para disimular, bajo las escaleras, y me siento en el café. Pido un licuado de manzana y banana. La moza es una chica de quince; tiene un tatuaje en el hombro izquierdo: una palmera. Leo la revista y espío. Santiago camina hacia mí. No sé si ocultarme o no. Pero ya no hay tiempo, me ve y no reacciona, a pesar de haberme registrado. No se sorprende ni me saluda. Nada. Camina hacia la barra y le dice "Hola" a la moza. Ella le contesta "¿Qué tal?, Velcro". ¿Velcro?, pienso yo, y me doy cuenta de todo. No es Santiago sino su hermano, el novio de Aldana. Son idénticos. Velcro se sienta a una mesa, entierra la cara entre sus manos y llora.

Ahora la moza deja sobre mi mesa la jarrita del licuado, un vaso y el ticket. Se queda parada esperando que le pague. Sin dejar de mirar a Velcro busco dinero en la billetera y se lo doy a la chica. Mis ojos hacen foco en su hombro izquierdo y le digo: "Qué lindo tatuaje tenés". "¿Te gusta?", me dice ella.

En ese mismo momento doy vuelta la hoja del fanzine y mi corazón también da un vuelco: en la página central, a dos carillas, hay impresa una foto enorme de Aldana y la moza del bar besándose en la boca. Las dos tienen un hombro desnudo con el tatuaje de la palmera; sobre la foto, en letras pop, está escrito: *bla bla bla*.

Todo gira a mi alrededor, la silla está colgada del techo, floto en el aire, el olor a tinta fresca me descompone. Veo doble, las luces destiñen, mis ojos rojos parecen escarchados.

* * *

Hay una puerta que conduce al Paraíso y otra a la casa de mis padres. Este es un sueño que siempre vuelve y, como todos mis sueños, nunca se me aparece como un recuerdo, sino como algo constante que sucede en el presente.

Es temprano a la mañana, viajo en el subte D, de Palermo a Tribunales. En el vagón somos todos hombres. Solamente en Pueyrredón se sube una mujer de unos treinta y cinco años, ama de casa; por un segundo nos estudia, y se cambia de vagón.

En el subte, Velcro tiene la costumbre de mirar hacia abajo. Dice que prefiere conocer a la gente empezando por los zapatos. De a poco yo también adquirí esa costumbre. Esta mañana hay mocasines, zapatillas y un par de borceguíes.

Al llegar a Callao a Velcro se le caen las carpetas. Las levanta, me saluda, y se baja. De ahí va caminando al colegio. A mí todavía me quedan dos estaciones hasta el trabajo.

Ya hace dos meses que Velcro se instaló a vivir en mi casa. Organizó su cuarto en el escritorio, donde antes dormían las mellizas cuando se quedaban conmigo. Lorena ya no quiere venir sola a visitarme, y Aldana, los días de salida del colegio de monjas, se queda encerrada en su cuarto, en casa de la madre. La primera vez que Velcro entró en el escritorio viotantos libros que me preguntó incrédulo si los había leído todos. "Casi todos", le contesté. "¿Por qué?", me preguntó. "La literatura para mí es como una droga", dije.

Desde que me dejó Cecilia vivía solo, pero cada vez me provocaba más angustia pasar mis días sin nadie con quien hablar. Salía todas las noches para no tener que enfrentar el silencio.

Velcro para mí es como un perro. Está ahí cada vez que vuelvo a casa. Es discreto, trae pocos amigos. Desde que dejó de verla a Aldana se dedica a terminar con las materias que le quedan de tercer año.

Cada martes, al final de la tarde, vamos juntos al supermercado de enfrente. Velcro juega con los *stickers* que le ponen a la fruta y la verdura cuando las pesan. Pone el de las manzanas en la bolsa de las uvas y el de las uvas lo pega directamente sobre la cáscara del zapallo. Los cambia siempre de lugar para confundir al cajero, que nunca se da cuenta de nada.

A medianoche, desde el balcón, Velcro me hace notar cómo los basureros no llevan las bolsas de residuos amontonadas en la puerta del supermercado. Cada día tiran más y más. En los dos lados de los camiones recolectores hay escrita una leyenda: *La droga es basura*. Las letras aparecen invertidas y eso complica la lectura. Se lo señalo a Velcro y le explico: "Eso es un mensaje subliminal".

Los basureros no terminaron todavía con la cuadra cuando suena el teléfono. Velcro entra a atender. Es Cecilia, mi ex novia.

Me pregunta qué hago. Le digo que estoy en el balcón mirando la ciudad. Quiere saber quién contestó el teléfono. "Velcro", le digo. Se queda en silencio. Yo tampoco digo una palabra. Ella no sabe quién es Velcro y a mí me resulta demasiado difícil explicárselo.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.



Resumen: El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla en su mano izquierda para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula de su edificio entra en el Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Etchenique lo ayuda y atribuye a "Ibrahim" las muertes del Troglodita y Narvaja; los Gigantes sospechan de él. Ahora, Catcher entró en acción.

37 CAMBIO DE BOLITA

Catcher acordó con Renato una salida expeditiva que incluía apoyo logístico y cobertura nocturna para la operación que encararía. Después pidió contacto con su prisionero y estuvo diez minutos a solas con Melgar Zapico –que no sabía dónde estaba ni desde cuándo, que nunca lo sabría– en una caja metálica apenas más grande que un ascensor acostado.

Cuando le respondió las seis o siete preguntas fundamentales sin necesidad de presionarlo, sintió que la madeja se desenredaba bastante bien, que sólo quedaban unos pocos nudos definitivos, de esos que sólo cabe cortar. Las piezas del rompecabezas encajaban sin rechinar. Y el hombre del baúl tampoco rechinaba; mejor para él.

–Vas a venir conmigo –le dijo al final.

Sin transición, sacó el 38, apuntó sobre su cabeza y disparó rápidamente, una sola vez. El estruendo del balazo en ese ámbito pequeño y cerrado fue tan elocuente como el agujero en la pared metálica, apenas centímetros arriba del rebelde remolino negro de pelo boliviano.

–Y vas a hacerme caso, Melgar.

–Sí.

El Troglodita estaba menos desparramado que antes pero tan muerto como entonces. Cuidado como un trágico bebé, el cadáver mentía una lozanía que ocultaba las horas de otra vida. Catcher verificó una vez más el detallado informe en que Lacana & Cía rendían cuenta de muelas, contenido de bolsillos, ángulo de puñalada, horas y minutos de deceso, composición de la tierra en los zapatos y de los restos bajo las uñas crecidas.

Zolezzi no había sido manuable en vida –125 kilos de huesos, músculos y grasa empedernida– y coherentemente resultó un resto mortal apenas gobernable. Había llegado por vía fluvial y lo sacaron en camilla y cuatro ruedas silenciosas, forzándole una rígida voluntad muscular que lo sobrevivía. El perplejo Melgar empujaba obediente mientras Catcher preparaba todo en la predispuesta ambulancia. Subieron al durísimo pasajero y cerraron las puertas traseras. Con Melgar tan tieso como Zolezzi a su lado, Catcher puso el freno de mano y sin moverse del volante operó la salida conectando el terminal a la E que titilaba en la pared, junto a la gama fosforescente.

Hubo un chasquido, el techo se corrió y apareció un rectángulo de estrellas mientras el vehículo se elevaba vertical como en un montacargas que lo dejó, en segundos, sobre el parejo empedrado tangente con las aguas del Dique 1. El Espacio se disolvió bajo las ruedas de la ambulancia; toda huella del secreto reducto quedó disuelta en el temblor eléctrico del aire circundante.

Catcher aceleró y las estrellas acompañaron.

Salió del puerto por Brasil, puso la sirena y entró raudo y aparatoso en el Bajo; dobló en Parque Lezama hacia la Boca por Almirante Brown, pasó frente al perplejo Hospital Argerich y después de unas cuadras dio la vuelta en "u" y estacionó frente al Salón Verdi.

Apagó la sirena y esperó.

–¿Qué hacemos? –dijo Melgar.

–Nada por ahora.

No había luces exteriores ni aparentes. La vieja sala que alguna vez había reunido contingentes obreros encrespados de consignas y puteadas, el salón de los enfervorizados anarcos que clamaban por sindicatos libres o por la vida de Sacco y Vanzetti era ahora, habitualmente, un reducto de la berretada bailantera. En este caso, según los afiches laterales penosos y elocuentes, era sólo el último y engañoso puerto para una troupe de Gigantes que alguna vez habían luchado por algo y que mañana se trenzarían diezmados entre las cuerdas y la lona.

Catcher se volvió hacia Melgar, le puso el 38 en las costillas y la mano enguantada en la cabeza:

–Quedate quieto así –dijo.

El gerente de ventas de Integral Body House obedeció.

Catcher sacó del interior de su chaqueta un pequeño dispositivo que parecía a simple vista un walkman negro con un pequeño pasacasete y se lo colocó al azorado Melgar bien enterrado en los oídos.

–¿Oís algo?

El otro negó con la cabeza.

Catcher oprimió dos botones del pasacasete y volvió a preguntar:

–¿Y ahora?

–180... 179... 178... –dijo Melgar.

–Son segundos. Eso es una cuenta regresiva... –explicó.

El otro estaba cada vez más asustado.

–Y esto... –y Catcher le mostró el pasacasete mientras se lo ponía en el bolsillo posterior del pantalón– es un explosivo personal; no te digo una granada porque es poco. Basta para reventarte el culo: bah, quedarías todo culo...

Los ojos de Melgar amagaron saltar pero se quedaron ahí.

–¿Cuántos segundos van? –lo consultó Catcher.

–164... 165...

–Andá y vení; tenés tres minutos. Yo sé que están adentro. Entrás y les decís que estoy acá para terminar con ellos si no negocian conmigo. Que sé quién y por qué mataron al Troglodita. No trates de tocar el walkman o el casete porque estalla. Y no es verso...

–Voy ya –y Melgar se apuró–. Pero... ¿y si no quieren salir?

Catcher levantó las cejas, hizo el estallido en el aire.

El coordinador de internos del Instituto de la Buena Hierba salió despedido hacia la vereda como si en realidad hubiera ya estallado algo en su bolsillo posterior.

Catcher lo vio llegar a la puerta y abrirla sin esfuerzo. Hubo un parpadeo de luces interiores y de nuevo la oscuridad: estaba adentro.

Pasaron segundos sin ruidos ni gritos ni corridas. Pasó un minuto. Catcher puso en marcha la ambulancia y la colocó exactamente frente al salón. Minuto y medio después la puerta se abrió y apareció Melgar, corriendo, y se abalanzó sobre la ventanilla:

–9... 8... –gritó.

–¿Y? –dijo Catcher imperturbable, mirando al frente.

–Tienen a Bárbara –gritó–; por favor... 6... 5...

–¿A Bárbara? –y se rascó la barbilla–. ¿Aceptarán cambio de bolita?

–3... 2... –lloró Melgar. –Bolita por chica, digo –y lo desconectó.

Mañana: 38. De espaldas

Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

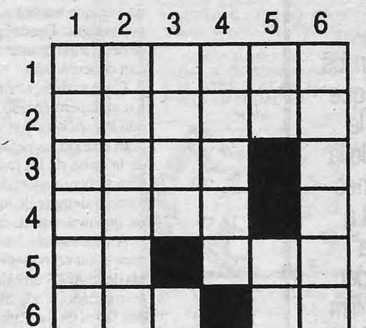
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

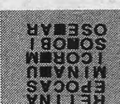
HORIZONTALES

1. Iteran.
2. Escapó.
3. Pozo.
4. Rico.
5. Os./ Bio.
6. Seo./ Ra.

VERTICALES

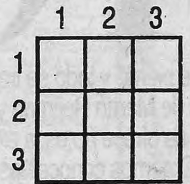
1. Reacio.
2. Copies.
3. Aire.
4. Rocía.
5. An./ Ab.
6. Rumias.





UNO-DOS-TRES

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras.



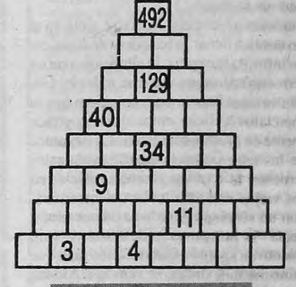
HORIZONTALES: 1. Palo o cayado para apoyarse. **2.** Agregáis. **3.** Cubierta de oro.

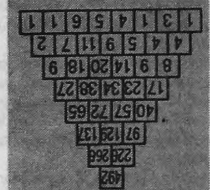
VERTICALES: 1. Regado, humedecido. **2.** Ir a algún sitio. **3.** (Diego de...) Fundador de Caracas.

B AÑA DO
ACU DI R
LO S ADA

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.





CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Películas de ciencia ficción

1. "2001"	A. George Lucas
2. "Encuentros cercanos del ..."	B. Ridley Scott
3. "Bladerunner"	C. Steven Spielberg.
4. "La guerra de las..."	D. Stanley Kubrick

Parejas griegas

1. Agamenón	A. Yocasta
2. Edipo	B. Clitemnestra
3. Orfeo	C. Medea
4. Jasón	D. Eurídice

Flores nacionales

1. Portugal	A. Jazmín
2. India	B. Girasol
3. Alemania	C. Flor de lis
4. Perú	D. Amapola

Sedes de mundiales de futbol

1. Francia	A. 1986
2. Inglaterra	B. 1966
3. Mexico	C. 1938
4. Chile	D. 1962

Películas de ciencia ficción: 1-D; 2-C; 3-B; 4-A. Flores nacionales: 1-A; 2-D; 3-C; 4-B. Parejas griegas: 1-B; 2-A; 3-D; 4-C. Sedes de campeonatos mundiales de futbol: 1-C; 2-B; 3-A; 4-D.